

ferido la maldición. Pues bien; esta terrible maldición caerá sobre ellos; los cubrirá como con un trago, penetrará hasta la médula de sus huesos; los acompañará a la tumba y los perseguirá hasta los infiernos; allí los sujetarán las cadenas de la justicia, y tendrán que beber azufre y fuego.

El nuevo Cielo. — La nueva Tierra.

CAPÍTULO XXII.

Con la denominación de *nuevo Cielo*, el Profeta quiere designar, la felicidad de que gozarán nuestras almas, por medio de su unión con Dios, que se les manifestará de una manera completamente nueva y deslumbradora; y con la denominación de *nueva Tierra*, el Profeta quiere darnos a comprender, que también nuestros cuerpos participarán de esta felicidad, y que Dios hará por ellos como una nueva creación, en la que gozarán de puras é inefabables delicias. Dejemos aquí, que nuestra pluma sea guiada por nuestro corazón, y abandonándonos al encanto de las últimas y suaves visiones del Profeta, descascemos de la rápida carrera, que acabamos de hacer en medio de tantas maravillas, y contemplemos el cielo.

Impongámonos silencio, para oír las últimas palabras del Gran Libro de las Revelaciones, y gocemos sobreabundantemente de las dulzuras de la esperanza.

«Y vi un cielo nuevo y tierra nueva. Porque el primer cielo, y la primera tierra desaparecieron, y ya no había mar.

»Pues yo Juan vi la ciudad Santa, la nueva Jerusalén, descendiendo del cielo por la mano de Dios, compuesta como una novia engalanada para su esposo.»

El atavío de la Iglesia del cielo, la dispensada de Jesucristo, es pura y simplemente la santidad de los escogidos.

Cada uno de estos escogidos es una piedra preciosa: *Et fundamenta muri civitatis, omni lapide pretioso ornata.*

La piedra preciosa es un símbolo encantador. Como indestructible desafía las injurias del tiempo, destructor supremo de todo lo perecedero; se enciende con los rayos del sol, se empaña en la luz, y esparréa luego torrentes de luz de variados y brillantes colores; así las almas justas se empañan de la luz de la verdad eterna, y se encienden con el fuego del amor eterno.

«Y oí una voz grande, que venía del trono, y decía: Ved aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y morará con ellos. Y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios, habitando en medio de ellos, será su Dios.

»Y Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas; ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas.

»Y dije el que estaba sentado en el solio: Hé aquí, que renuevo todas las cosas...

»Y díjome: Esto es hecho. Yo soy el alpha y la omega; el principio y el fin. Al sediento yo le daré de beber gratuitamente de la fuente del agua de la vida.

»El que venciere, poseerá estas cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.»

Hé aquí, el cielo. Hé aquí, la Jerusalén esplendorosa. El río de la vida, corre allí puro como el cristal; el árbol de la vida le dá sombra, y los escogidos van allí á alimentarse con frutos, que renacen sin cesar. Allí, no hay noche; no hay oscuridad; tampoco brilla allí el sol; Dios es el sol, y al propio tiempo el centro y la vida. Es la belleza radiante, es la pureza sin mancha; lo que sea manchado, no puede entrar en esa morada, en que el mal no tiene cabida. Tampoco se conoce allí el tiempo, y el reinado de Dios no tiene fin.

»Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven (1). Y desde entonces, escribe Santa Teresa; el alma no sale de su centro, y nada turba su paz. Allí se conoce el matrimonio del alma con Dios; lo que precedió, no eran mas que los esponsales. Las visitas de Dios pasaban aprisa; aquí este favor dura siempre. Siempre allí la vida es activa, y corre y se esparréa en la morada del alma; esta morada central es el lugar del sol divino, donde mora el gran Dios; y este gran Dios es este divino sol, que está y permanece siempre en el centro del alma, fecundizada de continuo por su dulce y vivificante calor.

Hé aquí, el nuevo cielo, que reemplaza á todo lo que los hombres habían dicho ó soñado hasta entonces. Desde cuatro mil años aspiraban á la felicidad del cielo; allá se dirigían todas las miradas; pero cuán erradas é incompletas ideas se tenían de esta felicidad! No; el ojo no había visto; ni los oídos

(1) Véase la *Vida de San Juan*, por el abate Baunard.

habían oído, ni había pasado á hombre por pensamiento lo que Dios preparaba para las almas victoriosas. Homero había puesto en el cielo los juegos y los combates; Platon, la sabiduría y la belleza; Pitágoras colocaba allí las esferas armónicas; Ciceron, en un célebre sueño, encontraba allí la gloria y la patria; Virgilio colocaba en el cielo la luz y la virtud. Pero, por grande y bello que esto fuese, era todavía la tierra; no era el cielo, porque no era ni la presencia, ni la vision, ni la posesion de Dios.

¡Ah! Hélo aquí, en verdad; hé aquí el cielo; es el tabernáculo de Dios con los hombres; allí morará con ellos, y ellos morarán en él. Allí todos los que son amados en Dios, y por Dios, se encontrarán reunidos para no separarse; allí gozarán juntos de la felicidad infinita, del amor eterno.

Hé aquí el cielo: hé aquí nuestra patria. Los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, los Mártires, los Confesores, las Virgenes, nos han precedido allá; nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, nuestros amigos, allá nos esperan, seguros de su felicidad inmortal, y siempre deseando vernos felices á nosotros.

Sumidos en la luz, contemplan á placer la belleza eterna; se recrean en su presencia, y gozan de la felicidad infinita de su posesion; su eternidad es su vida, su verdad es su luz, y su bondad es su bienaventuranza.

¡Oh esplendente patria! Los Angeles y los Santos son tus ciudadanos; el Padre Eterno es tu templo; el Hijo tu esplendor; el Espíritu Santo tu amor, y la Virgen Inmaculada tu inefable dulzura.

¡Oh afortunada region! ¡oh feliz morada! Allí suspira sin cesar el pobre desterrado; allí encontrará la sabiduría sin ignorancia, la memoria sin el olvido, la inteligencia sin el error, la razon sin la oscuridad.

¡Felices mil veces, los que habitan en tus atrios; allí alabarán al Señor por los siglos de los siglos; mezclados con los coros de los Angeles y con las brillantes falanges de los escogidos, cantarán, acompañándose con cítaras de oro, sus himnos de amor; vivirán allá en continua alegría, en una fiesta sin fin, en una eternidad sin dolor, en una serenidad sin nubes.

Ibi beatus in eternitate vigebit, in veritate fulgebít, in bonitate gaudebit (1).

(1) San Bernardo.

Ibi festivitas sine fine, eternitas sine labe, serenitas sine nube (1).

El primero, que ve esto; ve, y comprende la única bienaventuranza digna de Dios; digna del hombre. ¿Qué cosa puedo, Señor, apeteer yo del cielo, ni que he de desear sobre la tierra, fuera de ti? exclamaba el Salmista. Y nosotros, también; ¿qué buscamos sin cesar en lo que brilla y huye, si no el bien Divino, infinito, que se escapa de nuestros abrazos, acá en la tierra? Pero yo quedaré saciado, Señor, cuando se me manifestará tu gloria.

Tal es el grito del corazón. Entónces Dios y el hombre se encontrarán, y se abrazarán en un amor indisoluble y perfecto.

En el cielo no habrá muerte, ni separacion, ni lágrimas, ni tristeza; sino vida y felicidad infinita; y esto es lo que constituye la belleza, la unidad, la inmensidad y la eternidad de la dicha de la Jerusalén celestial.

Será iluminada con la luz del Cordero; y este Cordero es el amor. El Cordero es inmoldado desde el principio del mundo, y será inmoldado siempre, porque siempre ha amado á los hombres, y los amará eternamente.

Ayer, era el Cordero, victima figurativa, que los hijos de Israel se repartian en el festin de la Pascua. Hoy, es el Cordero, que Juan encontró junto al Jordán, que lo mostró al mundo, que lo comió en la cena, y que nosotros comemos diariamente en la Eucaristia. *Eccce Agnus Dei*. Mística, será el Cordero glorificado, triunfante en el altar eterno, en que le cantan todas las lenguas, en que los corazones se alimentan de él, saciándose de esta suerte de felicidad, y embriagándose de delicia en los torrentes infinitos de su amor. Hé aquí, la comunión con Dios; y éste, es el cielo.

Allí no se conoce la esperanza; todos los deseos se ven colmados; es la dicha infinita.

Juan, el Profeta, añade: «Y yo Juan soy el que he oído y visto estas cosas. Y después de oídas y vistas, me postré ante los pies del ángel, que me las enseñaba, en un acto de adorarle.»

Postremonos tambien nosotros para adorar, cuando leamos estas páginas; y medi-

(1) San Agustín.

tándolas, embriaguémonos de luz, de esperanza y de amor.

¡Feliz, el que observa las cosas escritas en la profecía de este libro, ha dicho dos veces el Apóstol!

¡Feliz, el que cree, que Dios en este mundo gobierna y dirige todas las cosas!

¡Feliz, el que espera, que Dios será, allá arriba, nuestra dicha y nuestra recompensa!

¡Mas feliz todavía, el que no tiene necesidad de esperanza, y goza eternamente de esta indefectible dicha!

«Dice el que da testimonio de estas cosas: Ciertamente, yo vengo luego. Así sea. Ven, oh Señor Jesús. *Etiám venio cito. Veni, Domine Jesu.*»

«La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Amen. *Grátia Domini nostri Jesu Christi cum omnibus vobis. Amen.*»

CONCLUSION.

Si hemos conseguido exponer el plan divino, contenido en el libro profético del Apocalypsi, esa grande Epopeya del cristianismo, y ese sublime Poema de Nuestro Señor Jesucristo; el lector ha de quedar plenamente convencido de tres cosas, que nos hemos propuesto demostrar.

Primera: Que desde mediados del presente siglo, hemos entrado en el último periodo del linaje humano.

Segunda: Que estamos, al presente, en la primera de las tres crisis universales, que han de formar este supremo periodo.

Tercera, y última: Que estamos tocando el desenlace de la primera crisis.

Las divinas palabras del Santo Evangelio confirman claramente la primera de estas tres aserciones; los tres signos precursores, que Jesucristo nos da de la consumación de los tiempos, corresponden, sin disputa, a la Epoca presente; y todo nos prueba, que no harán más que dibujarse de un modo cada vez más claro, a proporcion que el género humano se precipite hacia sus últimos destinos.

Cuando yo vendré, dice el Salvador, mi Evangelio habrá sido predicado en toda la tierra. Y hé aquí, que en alas del vapor, nuestros misioneros llegan ahora hasta los confines de la tierra; y en breve, no habrá

una playa desierta en donde no hayan erigido la cruz, signo de salvación.

Cuando yo vendré, añade, el pecado causará tales estragos, que se entibará la caridad de casi todos. Y hé aquí, que un diluvio de crímenes inunda ahora toda la tierra, un furor de goces y de lujo se ha apoderado de todos los corazones, y ha expulsado de ellos toda caridad, para sustituirla con el egoísmo y la corrupción.

Cuando yo vendré, dice finalmente el Hijo de Dios, ¿creéis que encontraré todavía algo de fe? Pues bien, decidme; ¿en dónde está la fe ahora? Las naciones en masa, ¿no caminan más y más todos los días, a la negación práctica de todo lo sobrenatural? ¿No van ahogando todo remordimiento, para no caer en una estúpida é irremediable indiferencia?

A menos de estar ciegos, ha de aceptarse, por lo tanto, nuestra primera conclusión.

Y con respecto a las otras dos, ¿no son tan evidentes como ésta, si se quiere reflexionar un poco, y mirar de cerca lo que pasa cada día a nuestra vista, y prestar momentáneo oído a todos esos rumores precursores de las más grandes cosas?

El deber del cristiano consiste en velar, en observar bien los signos del tiempo, y estar siempre dispuesto.

Lo sé, se nos dice, y no sin razon, que no hay que creer ciegamente en toda profecía; pero, ¿puede negarse, que Dios nunca ha dejado al género humano llegar a las grandes catástrofes, sin haber enviado signos precursores, que le adviertan y le dispongan para sobrellevarlas? ¿Puede negarse, que Dios hace hablar a los Profetas? ¿Puede negarse, que Dios ha querido hacer escribir por el Apóstol de su corazón la gran Profecía de lo porvenir? Y si acontecimientos grandiosos, como los que atravesamos, no se encuentran en el Apocalypsi, este libro misterioso en que están profetizados los grandes acontecimientos, que interesan a la Iglesia, ¿qué hay profetizado en dicho libro?

¿Puede olvidarse, que el Apocalypsi no es, como las demás profecías de la Sagrada Escritura, una revelación de algunos hechos particulares, sino una historia profética completa, que comprende todos los acontecimientos y los narra en su órden providencial: *In Apocalypsi ordo temporum sternitur?*

¿Puede olvidarse, que cuanto más se aproxime a este dato, será más exacta y fiel la interpretación de este libro divino?

Todo lo que se encuentra en la Sagrada Escritura, dice San Pablo, está allí para fortalecer nuestra paciencia en medio de las grandes tribulaciones, y consolarnos con la esperanza del futuro triunfo. Pues bien, decidme; ¿cuando hemos necesitado más ser fortalecidos y consolados, que en los presentes momentos?

¿Es de extrañar, por lo tanto, que Dios haya querido dictar por sí propio un libro, que se ocupa especialmente de los tiempos presentes, y por medio de ese libro, anunciarnos cada una de las supremas tribulaciones del género humano; y después de cada una de estas tribulaciones, el triunfo que debe seguirle, y asegurarnos más y más de que el triunfo será cada vez, tanto más bello, en cuanto la prueba habrá sido más terrible, y más dolorosa la crisis?

Pero, me direis: ¿Cómo puede conciliarse esta esperanza de un triunfo siempre más bello para la Iglesia, con el anuncio de un relajamiento en la fe, y de un enfriamiento en el amor, cada vez mayores? Hélo aquí: No olvidemos lo que ya hemos dicho; el sello particular del periodo supremo en que entramos, es lo *extraordinario* y lo *sobrenatural* en todas las cosas, así en el bien, como en el mal. Es evidente, que Dios parece dejar a un lado los medios ordinarios, para intervenir por sí propio, y ponerse en frente de Satanás, que se erige más que nunca en señor del mundo.

Pueden esperarse, pues, todas las abominaciones, y tambien todas las glorias, tomando todo, de aquí en adelante, en los acontecimientos proporciones inauditas, desconocidas hasta ahora.

Es cierto; después de estas grandes manifestaciones divinas, que se han realizado ya, y que se preparan todavía mas grandes, el fondo de corrupción, que se encuentra al presente en el género humano, subsistirá, y se acrecentará de continuo; pero, superficialmente, el mal se verá obligado á esconderse, y el bien obtendrá el triunfo. Al propio tiempo, se operarán en las almas susceptibles de comprender y reflexionar concepciones particulares y numerosas; y siendo, por otra parte, más grandes y más heroicas que nunca las almas, que permanecerán

fieles, la bandera de Jesucristo flotará siempre invencible. ¿No estamos viendo en los presentes momentos, que dos solos hombres, Pio IX, y Enrique V, bastan para sostener el mundo (1)?

«Cuando la tribulación sea demasiado amarga, escribía recientemente el noble Desterrado de la familia real de Francia, una mirada dirigida al Vaticano reanima el valor, y fortalece la esperanza. En la escena del angusto Cautivo se adquiere el espíritu de firmeza, de resignación y de paz; de esta paz, que tiene asegurada, el que toma su conciencia por guía, y á Pio IX por modelo.»

Tiene razon el noble Desterrado; y el mundo entero repite sus grandes y sublimes palabras. ¡Cuán sublime espectáculo ofrece el Vaticano! Desde el Calvario ¿se ha visto nunca una manifestacion mas brillante de amor? Allí, el Padre se inmola por sus hijos; allí, los hijos se dán sucesivamente cita al pié de su cruz, y van á llorar y á esperar con él.

Recientemente, el mundo entero hablaba en estos términos, por boca de sus más nobles y piadosos representantes:

«Oh Padre Santo! Nunca hemos cesado de levantar la voz, para advertir á nuestros gobernantes, que la unidad de Italia no es más que un pretexto para esclavizar la Iglesia; que la injuria echa á nuestro trono, de cualquiera forma que se la revista, ataca á una autoridad legítima; y que en el ataque dirigido con una astucia y una violencia infernales contra vuestra independencia, se pone en peligro la independencia de todos.»

Y hé aquí, que todavía se comete un nuevo atentado. Después de haber atacado á la cabeza, ahora se aprestan á hacer extensivos al corazón de la Iglesia sus sacrilegios sacrificios.

«Pues las Ordenes religiosas, inagotables semilleros de Santos, de apóstoles y doctores; focos sagrados, en donde se enciende el fuego de la caridad, del celo y de la ciencia; manantiales privilegiados de donde sale más pura y más caliente la sangre de Jesucristo, para circular por las venas de la Iglesia, de la que sois la Cabeza augusta: pueden compararse á esta noble residencia de la vida, que se llama el corazon.»

(1) Véase en el Apéndice núm. 6 la noble carta de Enrique V. al obispo de Orleans.

Forman, al propio tiempo, al rededor de vuestro sagrado trono; una cohorte de intrépidos defensores. Son su inexpugnable baluarte, la columna que sostiene el templo del Señor. Hé aquí, la razon secreta del odio, que Satanás inspira en todas partes contra ellas.

«Nó; nó; no triunfarán... Nó; nó; Pedro, viviendo en vuestra persona, desplegará siempre contra Herodes su heroica firmeza. Con todo su corazón, vuestros hijos aplauden vuestro valor, y ruegan á Dios que os prodigue sus auxilios, en proporcion de los peligros, que aumentan, y de la progresiva violencia de la lucha.

«Si no nos engañan todos los signos de la época, esta lucha toca á su término. Las persecuciones habrán llenado en breve la medida; y Dios, cuya justicia es lenta, porque es segura, les reserva en un porvenir próximo el castigo de los traidores; la traicion, por medio de sus cómplices.

«Sin duda, á lo ménos en cuanto la mirada del hombre puede penetrar en lo porvenir, corremos á terribles tribulaciones; pero las miramos de frente, sin estremecimiento. Auxiliados por la divina gracia, alentados por vuestro heroico ejemplo, pasaremos sin decaer estas tribulaciones, y con Vuestra Santidad, acabaremos por obtener la victoria.»

«Si, hijos míos; contestó el inmortal Pio IX; si; obtendremos la victoria, y nos sucederá lo que ocurrió al divino Maestro de quien está escrito, *Propheterunt prophetae passiones Christi, et glorias posteriores.*

«Por esto debemos esperar á nuestra vez que, despues de ser partícipes de las pesadumbres, de las penas, yo con vosotros, y vosotros conmigo, y todos los que vosotros representais, podremos despues cantar los *hosanna* y las glorias de la Iglesia y de Jesucristo.

«Los tiranos asaltaron la Iglesia con hachas y garfios; los hereges con mentiras y falsas doctrinas; los incrédulos la asaltan con impiedades; algunos gobiernos la asaltan despojándola de sus propiedades, insultándola en sus ministros, espulsando á los religiosos de sus pacíficos retiros, haciendo derramar lágrimas á las esposas de Jesucristo, arrojándolas fuera del claustro; las sectas asaltan la Iglesia de todas maneras; y por desgracia á veces la Iglesia es asaltada por ciertos católicos, que creen que

pueden combinarlo todo por una y otra parte; creen que cediendo algun derecho, podrán atraernos los estraviados; y de esta suerte, olvidan la sentencia de Jesucristo: *Nemo potest duobus dominis servire.*

«Pero no nos desalentemos. Vayamos juntos á la lucha, unidos y compactos, corramos todos á nuestros campos de batalla; la unidad nos asegura la victoria.»

Despues de oír estas palabras y contemplar este espectáculo, ¿cómo es posible temer y dudar?

«Si; pasemos algunos dias más, y los enemigos de la Iglesia y de Francia morderán el polvo; pasemos algunos dias más, y el que habla en los cielos lo aplastará con su desden triunfante: *Qui habitat in caelis, irredebit eos, et subsannabit eos.*

Y entónces, nos dice el libro de las grandes y consoladoras revelaciones, se morderán la lengua en los excesos de su rabia: *Et commandaverunt linguas suas pro dolore.*

¡Oh rabia impotente! ¡oh decepcion indecible! ¡oh Galileo! Tú serás al fin vencedor, esclamarán, vomitando espuma de furor.

¡Oh Iglesia católica! ¡habremos de asistir una vez más á tu triunfo!

¡Oh Pontificado, al que con tanta frecuencia hemos maldecido, y cuyos funerales hemos querido cantar tantas veces, ¡habremos de recibir todavía tus bendiciones y tus anatemas!

Queríamos destruir por siempre más el Evangelio, y no hemos conseguido siquiera borrar de él una letra; queríamos derribar á Jesucristo, y hé aquí, que continua siempre bendecido, siempre amado, siempre adorado. Habíamos abierto su fosa para enterrarle, y he aquí, nuevamente resucitado.

¡Oh esfuerzos impotentes! ¡oh decepcion cruel! ¿Es preciso, al fin, que nuestras saetas, lanzadas contra él, vuelvan contra nosotros? Y esta vergüenza, esta infamia de la que nos proponiamos cubrir, y con ella aplastar á la Iglesia, ¿nos cubre á todos nosotros, y nos aplasta!

Y al dar estos gritos de furor y rabia, rechinarán sus dientes, y devorarán su propia lengua. *Et commandaverunt linguas suas pro dolore.*

Y todo el mundo contemplará estas santas represalias de la justicia divina; verá

como esos tristes vencidos asisten al triunfo, ó mejor; dirigen ellos mismos este triunfo del catolicismo, al que habian designado para victima suya.

Y este triunfo está ahí; está próximo; lo estamos tocando.

Hé aquí, que llevo, dice el Señor, y conmigo viene el triunfo para los buenos, y el castigo para los malos.

Ecce venio cito, et merces mea mecum est, reddere unicuique secundum opera sua.

AMEN. AMEN. FIAT. FIAT.

Laud Deo—Marie—Francisco!

APÉNDICE.

San Juan ¿ha muerto?

(N.º 1.)

Relativa á los tiempos apóstólicos, no hay acaso una cuestion mas interesante, y de resolucion mas difícil. Dos opiniones, bien marcadas y contradictorias, se han emitido sobre este particular; fundadas, una y otra, en numerosas autoridades, graves é importantes. Unos, niegan la muerte de San Juan, y le creen transportado al cielo en cuerpo y alma, y destinado á venir al mundo á profetizar con Henoch y Elias los últimos tiempos. Otros, al contrario, le dan por muerto; citan el año en que murió, el pueblo y el lugar de su sepultura. Esta segunda opinion, aunque más probable y generalmente seguida, dejé empero subsistente la primera, en toda su poética y piadosa credibilidad, puesto que toma su origen, y busca su mas firme apoyo en dos textos célebres del Evangelio, y en un texto del Apocalypsi.

Hé aquí, los dos textos evangélicos:

«Encontrándose Pedro en compañía de San Juan, es honrado con una aparicion de Jesús resucitado. Interrogado tres veces por él, tres veces da fe de su amor, y como recompensa, recibe de boca del divino Maestro la promesa, de que será crucificado como él; y como Jesús nada dijese á San Juan sobre su porvenir, Pedro le preguntó sobre este particular, y Jesús le responde:

«Yo quiero que así se quede hasta mi vida.»

Sic enim volo manere donec veniam.

«Habiendo pedido la madre de Juan por sus hijos á Jesús un lugar en su trono, Jesús volviéndose á ellos, les responde: ¿Podéis beber el caliz de la passion, que yo tengo de beber? — Diciendo: Bien podemos. — Replicóles: Mi caliz si que le beberéis. *Calicem meum bibetis.* Lo cual indicaria, que Juan ha de derramar su sangre por Jesús.»

Hé aquí, el texto del Apocalypsi: «Tú vendrás por segunda vez á predicar á las naciones de la tierra.» *Oportet te iterum prophetare Gentibus.*

Segun la interpretacion, que los partidarios de esta opinion dan á los aludidos textos, San Juan no parece haber muerto; pero, segun una antigua tradicion, referida por San Gregorio de Tours, y muchos antiguos autores eclesiásticos, tradicion que San Ambrosio, San Jerónimo y Santo Tomas consideran como muy piadosa y muy digna de crédito, este discípulo predilecto y privilegiado entre todos, llegado á una extrema ancianidad, rodeado de sus discípulos, y despues de haberlos bendecido, parece haberse echado él mismo en una sepultura, dispuesta de antemano, y despues de haber mandado cerrarla, parece que, como la Santísima Virgen, fue llevado por los ángeles al cielo; y en vez de su cuerpo, sus discípulos parece que en esa sepultura, de la que salia un gran resplandor, no encontraron sino un maná delicioso.

«¿Quién no se sorprenderá de una resurreccion tan admirable, exclama San Pedro Damian? Y ¿quién habrá de sorprenderse de ella? Una vida, que habia sido un milagro continuo, ¿podía terminar en la tierra sin un milagro? y el que no habia vivido como los hombres, ¿podía morir como ellos? *Qui mirabiliter vixit, mirabiliter obiit!* Y el que era el hijo predilecto é inseparable, de Maria «¿Podía comenzar en su muerte á no parecerse á su madre? *Pium est arbitrarí, ut non sit in resurrectione diversitas, quibus tanta fuerat unanimitas conversationis in vita.*

¿En qué tiempos estamos?

(N. 2.)

1.º El bien.—La Comunion pascual en París en 1875.

Leemos en el *Monde*:

«Segun costumbre, la comunion pascual de los hombres se verificó ayer en la iglesia de Nuestra Señora, con la solemnidad acostumbra. Cristianos pertenecientes á todas las clases de la sociedad habian acudido á dicho templo. Hombres de Estado, diputados, estudiantes, operarios, individuos del Instituto, periodistas, catedráticos, comerciantes, reunidos por una misma fe, animados de los mismos sentimientos, entonaron unánimes, resonando sus voces bajo las bóvedas de la antigua basílica, el *Credo*, y en seguida se acercaron, de dos en dos, á la Sagrada Mesa. La iglesia estaba completamente llena. La concurrencia llenaba la nave central y las laterales. La Comunion, distribuida por cuatro eclesiásticos á la vez, duró casi dos horas. Terminada la misa, subió al púlpito el Reverendo Padre Perraud. Recordó á la concurrencia, que estaba dando en aquel momento un gran ejemplo, atestigüando la fe de la Francia, que persistía, á pesar de los ataques de la impiedad, y se realizaba más vigorosa, despues de nuestras tribulaciones. Por un contraste feliz, puso el París que cree y ora, en antitesis con el París de la diosa Razon y del libre-pensar; aquel París rescatando las faltas del otro, y pudiendo ser el principio de la salvacion de la Francia, como el segundo habia sido el punto de partida de sus ruinas.

» Despues, que el orador hubo bajado del púlpito, los concurrentes cantaron el *Te-Deum*; y luego despues se fueron marchando lentamente. Todos se preguntaban con emocion, si Dios podia tener el designio de abandonar á una nacion, que, de esta suerte, da públicamente el ejemplo de semejante adhesión á la religion de sus padres.

» La concurrencia á la misa de Nuestra Señora no habia sido causa, de que disminuyese en lo más mínimo la multitud reunida en las demás iglesias. En todas partes la fiesta de la Pascua se celebró con una so-

lemnidad extraordinaria; las iglesias estaban llenas. Las comuniones fueron numerosísimas.

» Sobre todo, los hombres asistieron en mayor número, que de ordinario. Se nos asegura, que este año se ha notado en París un grande acrecentamiento de fe. Si se abre cada día mayor abismo entre los católicos y sus adversarios, la masa de los indiferentes, que se colocaba entre los dos grupos, comienza á disolverse, y reconoce, que es preciso tomar una resolucion, y escoger entre las afirmaciones absolutas de los unos, y las negaciones radicales y sistemáticas de los otros. O todo, ó nada. La religion, sus dogmas, sus misterios, su moral, su Iglesia, sus leyes; ó el ateismo, que trae consigo la destruccion de la familia y de la patria, de toda ley civil y moral, de toda razon filosófica y religiosa, sumiendo á la patria, á la familia, á toda la sociedad en la nada, y ahogando la civilizacion en los abismos de la barbarie.

» Hemos seguido la pendiente de las naciones, que están en decadencia, que se alejan de la civilizacion y la prosperidad, apartándose de la religion. Subamos de nuevo esta pendiente, y recobremos nuestro perdido poderío. Nivive estaba condenada; se convirtió, y fue perdonada. Las advertencias de los enviados de Dios abundan entre nosotros, y no ha pasado todavía el tiempo de su misericordia.»

2.º El Mal.

Tomamos lo siguiente de una correspondencia de *L'Étoile de l'Ouest*:

«He aquí el programa de un periódico radical, que acaba de publicarse en España. Programa de la Revolucion:

Ha sonado la hora del desquite. En nuestra alma y en nuestra conciencia, nosotros, editores de este periódico, declaramos solemnemente, de nuestra propia espontaneidad, que, á contar desde este día, rompemos el lazo que, uniéndonos á la sociedad, se ha burlado de nuestra dignidad, y nos ha convertido en esclavos.

Si, compañeros, unámonos, y con la frente erguida y el corazón resuelto, gritemos en alta voz, con una voz, que pueda espantar á los tiranos:

«¡Guerra al rico! ¡guerra al poderoso! ¡guerra á la sociedad!

Ya hemos hablado. Ahora se sabe lo que queremos. Nuestra publicacion tiene por objeto hacer una guerra sin tregua, una guerra á muerte, á todos vosotros, tiranos estúpidos, clases medias traidoras é imbéciles, miserables y viles ambiciosos, hijos mimados de la fortuna, que engordais vergonzosamente con los sudores del pueblo. Contra vosotros vamos á dirigir nuestros ataques, contra vosotros, que os llamais, en la comedia del mundo, papa ó emperador, príncipe ó aristócrata, eclesiástico ó seglar, capitalista ó propietario. Preparad vuestras armas, cobardes. No las tememos. Lanzad contra nosotros á los soldados, que os son adictos, pues ha llegado la hora en que no nos amedranará el estruendo de vuestros cañones. Os despreciamos. Nos reimos de vuestro furor, viboras repugnantes, hienas encubiertas. Sois los Caimés de la Sociedad.

No guardaremos en silencio nuestras aspiraciones. Queremos una nivelacion social, completa y absoluta. Tenemos la fuerza y los medios suficientes para realizar esta idea sublime. Somos mil, cien mil, más de los que vosotros creéis; pues en medio de vuestras ruidosas orgías no podeis oír los gritos y las maldiciones, que se levantan de las filas de los que vosotros habeis reducido á esclavitud. No confieis en las cadenas de que nos habeis cargado. Si habeis leído la historia, debeis acordaros de que en Roma hubo un infeliz gladiador, llamado Espartaco, que al frente de algunos esclavos revueltos, hizo temblar al poder, que era dueño del mundo. Si quereis ejemplos más recientes, fijad la vista en las ruinas, todavía humeantes, de París, testigos del valor y de la decision de la *canalla*, de estos esclavos modernos, que, por espacio de más de cien días, lucharon sin descanso contra poderosos ejercitos. Cuando el pueblo defendió causas tan santas y legítimas; cuando se bate en nombre de la dignidad humana, impelido por el abandono, y por el deseo de venganza, no hay corazones cobardes, no falta entusiasmo en los combatientes.

En cuanto á las formas de gobierno, para vosotros todas son malas; pues bajo cada una de ellas, nuestra suerte ha consistido en sufrir y trabajar en favor de afortunados ladrones, y servir de escalab á los ambiciosos de la política, ametrallados en primer lugar por los anti-revolucionarios, y despues por los revolucionarios triunfantes.

La anarquía es nuestra única forma. Todo para todos, desde el poder hasta la muger. En este bello desórden, ó mejor: en este sabio desórden encontraremos la armonía, que nos hace falta. La tierra y sus frutos serán propiedad de todos, y en su virtud, desaparecerán el robo, la usura y la avaricia. La destruccion de los lazos de familia, la libertad del amor harán desaparecer la prostitucion pública y privada, y se verá realizado el ideal del legislador griego. Entónces los jóvenes respetarán y amarán á los ancianos; verán en cada anciano un padre, en cada muger una madre, ó una hermana. Al apartar ese espantajo, que se llama Dios, al reducir su cometido á la educacion de los hijos, se pondrá fin á esas *industrias*, que se llaman religiones, y no sirven sino para engordar á charlatanes, como los llama D^opuy, á los eclesiásticos, que no tienen más objeto, que el de enganar y burlar á los tontos.

Tal es nuestro programa; pero antes de ponerlo en práctica, es necesario, que la sociedad sea purificada. Es preciso, que corra la sangre; es preciso, cortar las ramas muertas del árbol social, á fin de que retéñe con nuevo vigor.

Tales son nuestros deseos y aspiraciones. Ahora, que las conceis, temblad, clases medias; pues vuestra tiranía está próxima á su término. Plaza á los descamisados. Queda desplegada nuestra bandera negra. «¡Guerra á la familia!—¡Guerra á la propiedad!—¡Guerra á Dios!»

—*L'Écho de la Province*, que reproduce esta correspondencia, añade las observaciones siguientes:

«No sabemos que periódico —¿es acaso *l'Univers*?—¿es *Le Monde*?—profetizaba, años atrás, que en ménos de un siglo la China, el Japon y la Oceania enviarian misioneros á Europa para convertirla al cristianismo.

Esto era dicho en tono burlon, y, sin embargo, ved lo que pasa. Dos años atrás se fusilaba al arzobispo de París y á unos sesenta religiosos, eclesiásticos y fieles. En España se les asesina en las calles, y se transforman las iglesias en cuarteles; en Italia se expropian los conventos y se pone presos á los que van á rogar. En Suiza se prohíbe la práctica del culto, en Alemania se dictan leyes opresoras contra el clero católico. Pues bien; mientras sucede todo esto en

nuestra vieja Europa cristiana, el emperador del Japon anula los antiguos edictos de proscripción, y pone en libertad á los católicos, que tenia en la cárcel.

A la verdad, la predicción del periodista nos espanta. ¿Qué falta para qué se realice? Que dos ó tres centenares de radicales, elevados á la Cámara, obliguen al clero católico á buscar un asilo en el extremo Oriente; y la profecía podrá realizarse. Mientras el Oriente entrará de lleno en las vías de la civilización cristiana, la Europa se volverá bárbara, y los misioneros japoneses se verán obligados á venir á bautizar á nuestros nietos.

—Otro periódico, que ha tomado por título: *El Petróleo*, y que, según dice, tiene por redactores un cerrajeró, un ebanista y un soldado, y por colaboradores á todos los que tienen hambre, traza á su vez un programa concebido poco más ó menos en estos términos:

«Queremos el bien de todos, el bien equitativamente repartido; nuestro ideal, que es ideal de la razón suprema, se cumplirá de un modo natural, apoyándose en el derecho de la fuerza, que es el único derecho.

Y si nos falta fuerza material, si no podemos llegar á triunfar, entonces vendrá lo que temen todos los hijos mimados de la fortuna; entonces vendrá el petróleo, no solamente para realizar la obra del exterminio, sino para hacer con ello un acto de sacrosanta justicia.

La nivelación; la nivelación por el hacha y el fuego; ha aquí el grito de la dignidad ultrajada de los proletarios.

Las clases ricas tiemblan por el porvenir de sus rentas. ¡Ah! comedines; si la República no pone coto á vuestras rentas, nosotros cuidaremos de cortarlas algo más.»

Pues bien: señores benévolos de la Revolución, dice, después de citar estas palabras *L'Echo de la Province*, vosotros aplaudisteis cuando se violó el derecho de propiedad, despojando á la Iglesia. No se despoja más que á los eclesiásticos, deciais, y nosotros nos enriquecemos con sus despojos; ¿qué mal hay en esto?

Habéis despojado á los eclesiásticos; los de ahora, dicen, que no quieren despojar sino á las clases medias enriquecidas, ¿qué mal hay en esto?

¿Qué tenéis que decir ahora á los que invocan contra vuestros pretendidos derechos

adquiridos por la Revolución, el derecho único de la fuerza, el derecho del petróleo, el derecho del hacha y del fuego?

Pátere legem, quam fecisti

¿Qué será el Anticristo?

(N.º 3.)

Con el nombre de Anticristo, la Sagrada Escritura no entiende designar un ser ideal, sino un hombre real, que será como la encarnación de Satanás, y el enemigo encarnizado de Jesucristo, dice el gran teólogo Suarez: *Antichristum futurum esse hominem iniquum, hominem peccati et filium perditionis, hostem Christi, atque in omnibus illi contrarium, et non quemcumque pravum hominem, nec ipsum demonem, existimo assertionem esse certam de fide.*

Es muy verosímil, añade, que será judío de nacimiento, y de profesión; *Verisimilimum est Antichristum futurum judæum, et origine et professione*; y que saldrá de la tribu de Dan: *Multi ex sanctis Patribus affirmant futurum esse ex tribu Dan.*

En efecto, Jacob, profetizando sobre cada tribu, dice, que Dan será como una culebra, que el viagero encontrará en su camino: *Fiat Dan coluber in via*; y Jeremías dice, que ha oído en la tribu de Dan á modo de relinchar de caballos indómitos: *Ex Dan audivimus fremitum eorum*. Así es, que San Juan, cuando habla en el capítulo séptimo del Apocalypsi, de la multitud de los escogidos, que vé en las varias tribus de Israel, se guarda de hablar de la tribu de Dan.

Los judíos, viendo que ha salido de su raza, y que como ellos está circuncidado, le tendrán mas facilmente por el Mesías, al que esperan todavía, permitiéndolo Dios así, como dice San Pablo, en castigo de no haber querido creer en el Mesías verdadero: *Quia veritatem recipere noluerunt, mittit illis Deus operationem erroris, ut credant mendacium.*

Será el hijo del pecado, y será fruto de una union ilegítima, y Satanás se apoderará de él desde el primer instante de su concepción, á fin de ejercer por él toda su malicia y todo su poder. Esto no le privará en nada

de su libre albedrío, pues, previendo su perversidad, Dios le entregará á Satanás.

Non quod privandus sit libertate; sed Deus incredibilem futuræ impius voluntatis perversionem prænotens, diabolum in eo domicilium sibi constituit sine.

La educación más perversa vendrá á desarrollar sus tendencias viciosas; el orgullo y la voluptuosidad establecerán en su alma su imperio desde la edad mas temprana; tendrá horror á toda autoridad; y no seguirá más ley, que la de sus caprichos; será, en una palabra, desde la infancia, digno de llevar el nombre de gefa de los impíos, como le llama Santo Tomás: *Caput iniquorum*, y de rey de los orgullosos, como le llama San Gregorio: *Regem superbia.*

Querrá ser igual á Dios, dice San Pablo: *Extollitur ostendens se tanquam sit Deus*, sumiéndose en el fango de las mas infames pasiones, como dice Daniel: *Erit in concupiscentiis feminarum.*

Ávido de gloria, de placeres y de poder, todos los medios le serán buenos para llegar á su fin. Hé aquí, los cuatro principales de que se servirá para engañar y seducir:

El primero será su ciencia, su elocuencia, y su poder increíble de persuasion, cuyo secreto le habrá enseñado Satanás, su maestro. *Erit doctrina et eloquentia incredibili, et omnes artes sciet*, dice San Anselmo.

El segundo será la prodigalidad inaudita, con que repartirá á todos sus inmensas riquezas. *Dominabitur thesaurorum auri et argentii*, dice Daniel, *et industria demonum pecunia occulta erit ei manifesta*, dice San Anselmo. ¿No estamos viendo ya los judíos, de quienes será el idolo, viá viendo los dueños de todos los tesoros de la tierra?

El tercero será la influencia de su terror, sus amenazas, y su cruel y espantosa persecucion contra todos los fieles servidores de Jesucristo, que no querrán llevar su signo, ni adorar su imagen; persecucion, que obligará á los pocos fieles, que podrán librarse de sus furioses, á ocultarse en lugares secretos y profundas cavernas, donde Dios los guardará y los consolará con el auxilio de los Sacramentos, y, en particular, con el Santo Sacrificio, que será ofrecido siempre, pues la tribulación será terrible: *Erit tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio mundi usque modo, neque fiet.*

El cuarto, en fin, será el gran número de falsos milagros y sorprendentes prodigios,

que hará por la intervencion y con el auxilio de Satanás, el padre de la mentira. *In omni virtute, et signis et prodigiis mendacibus, et in omni seductione iniquitatis*, dice San Pablo; de suerte, que si fuese posible, los mismos escogidos se equivocarian, dice el Evangelio. *Ut in errore inducantur, si fieri potest, etiam electi*; y precisamente por razon de sus escogidos, Dios abreviará el tiempo de esas tribulaciones. *Propter electi breviabuntur dies illi.* En efecto; el Anticristo será tambien fascinador por su hipocresía, y sus falsos milagros, como cruel por su tiranía. *Vim habebit in imperio, dolum in miraculis.*

Estos pretendidos prodigios no serán más que aparentes y fantásticos, ó si son reales, no serán mas, que el resultado de una habilidad satánica, y producidos únicamente por la aplicación oculta de causas naturales.

Al concluir, contestaremos á una objecion, que parece completamente natural. ¿Cómo ha de conciliarse la bondad de Dios y su paternal providencia con las tribulaciones y las seducciones, que parecen superiores á las fuerzas humanas?

Hé aquí la respuesta: «Esas tribulaciones serán, para los malos endurecidos, un efecto de la justicia de Dios, y para los buenos, un efecto de su amor. Sus méritos se acrecentarán; sus virtudes adquirirán nuevo esplendor; la gracia será mas copiosa, cuanto mayor sea la prueba; viendo que todo está pronosticado en el Evangelio, su confianza será inalterable; sabrán perfectamente distinguir los falsos milagros de los verdaderos, y la certeza de la próxima victoria los hará invencibles.»

¿En dónde se hallan Henoch y Elias?

(N.º 4.)

Es de fe, dice Suarez, que Henoch y Elias no han muerto, y que viven en cuerpo y en alma, confirmados en gracia, y librados de la corrupcion de la carne. Gozan de la presencia de Dios, dice San Jerónimo, y se alimentan de la dicha de oírle, de contemplarle, de amarle, fortaleciéndose así para librar la gran batalla contra el

Anticristo y todos los malvados de la tierra. *Translati in carne, necdum mortui, felices Dei consortio, saturantur omni verbo Dei, habentes eumdem Dominum, quem et cibum.* Queriendo Dios conservarlos en este estado, dicen los Padres de la Iglesia, para presentarlos a la vista del género humano, como un tipo de santidad, y una prueba viva de la inmortalidad y de la resurrección futura.

Pero ¿en dónde se hallan ahora? Nada se sabe de cierto sobre este particular. La Sagrada Escritura nos dice, que Henoch fué transportado al Paraíso. *Henoch placuit Deo, et translatus est in paradysum, ut det gentibus penitentiam*, y que Elías fué arrebatado al cielo en medio de un torbellino de fuego. *Ascendit Elias per turbinem in caelum.* Así es, que San Jerónimo, San Agustín, y los demás Padres de la Iglesia los llaman: *Paradisii colonos.* Pero ¿de qué paraíso se trata? ¿es el Paraíso celestial? ¿es el Paraíso terrenal? Es muy probable que no se alude al uno ni al otro paraíso; no al celestial, porque están ellos en cuerpo mortal, y el lugar propio para los cuerpos mortales, es terrestre y no celestial; y por otra parte, no se alude al paraíso terrenal, porque se cree que fué destruido por las aguas del diluvio. Créese, pues, y esta es la opinión mas unánime, que viven los dos en un lugar delicioso, pero desconocido de los hombres: *Eos colere*, dice San Gregorio, *secretam aliquam regionem terrae optimam ac felicissimam*; conversando y hablando de las cosas celestiales: *Simulque conversari, et de divinis rebus loqui.*

Curioso estudio sobre el número 666.

(N. 5.)

Como el Apocalypsi fué escrito en griego por San Juan, tres letras griegas son las que sirven al Profeta para indicar dicho número. En efecto, en las lenguas antiguas, las letras del alfabeto suplen los guarismos, y se emplean para indicar los números; pues bien: el número 666 se forma con la suma de los valores numerales, representados por cada una de las aludidas letras.

Como el Profeta dice, que comprender el

misterio de este número, es un signo de inteligencia y de sabiduría, todos los comentaristas han tratado de aclararlo.

Ante todo se han preguntado, porque se dice, que en este número está el guarismo del hombre. Y han creído, que el guarismo 6, que es la base, podrá ser llamado el guarismo del hombre, porque el hombre fué creado y redimido en viernes, sexto día de la semana.

Luego despues, trataron de conocer por el número 666 el nombre, con que será conocido el Anticristo, la fecha de su nacimiento, y la duracion de su vida. Hé aquí sus cálculos, por otra parte ingeniosos, si bien dejamos su apreciación al juicio de nuestros lectores.

1.º *El nombre del Anticristo.* — Los comentaristas han encontrado, que las letras de las tres palabras griegas, que significan: *Enemigo de Dios*, — *Apostata* — *Hombre sin honor*, tomadas en su valor numeral, y sumadas, dan por total 666: de consiguiente, dicen, podrá ser que el Anticristo lleve uno de estos tres nombres.

2.º *La fecha de su nacimiento.* — Para encontrarla, Holzhauser procede del siguiente modo: Si se toma tres veces el número 6, y se da á cada unidad el valor de un siglo, resulta, que el Anticristo nacerá durante el siglo décimo nono, ó sea, despues del año 1800; si luego se toma el número 666, y se da á cada unidad el valor de un mes, resulta, que 666 meses forman 55 años; por lo tanto, el Anticristo habrá nacido en el año 55 de nuestro siglo, es decir, hacia el año 1855.

3.º *La duracion de su vida.* Holzhauser cree descubriría en este mismo número, haciéndole representar meses: por lo tanto, la duracion de su vida sería de 55 años, y su muerte vendría á ocurrir hacia el año 1911, despues de un reinado salánico, cuya duracion el Apocalypsi la fija en 1260 dias, es decir, tres años y medio.

Todas las tradiciones antiguas están consistentes, en fijar para dicha época el reinado del Anticristo y la conversion de los Judíos. El valor numérico de estas palabras del profeta Oseas: *Dies multos sedebunt sine rege, et sine principe*, dan esta misma fecha. Los treinta y ocho años del paralítico, que, según los Padres de la Iglesia, es la figura de los judíos en el estado actual, contados por años de jubileo, forman 38 medios si-

glos, ó sean, 19 siglos. La interpretación de la profecía de Daniel sobre la sucesión ó serie de los grandes imperios, da tambien el mismo número.

Daniel en una vision ve dos hombres del mal, que están en pié cerca de un rio, cada uno en la orilla respectivamente opuesta. Según algunos intérpretes, esos dos hombres son Mahoma y el Anticristo, y el rio designa el periodo de tiempo, que transcurrirá entre la venida del uno y del otro.

Pues bien; Daniel parece decir, que el Anticristo vendrá 1290 dias (los dias son aquí años, según el modo de contar, que sigue de ordinario Daniel) despues, que un hombre habrá llevado la abominacion de la desolacion al mundo. Este hombre es visiblemente Mahoma. Si pues añadís 1290 años á la fecha 632, que señala el comienzo de la Hégira mahometana, tendreis 1912, época del reinado del Anticristo. Es de notar, que el valor numeral de las letras de la palabra Mahoma en griego, da el número 666, como el nombre del Anticristo.

La Infalibilidad y el profeta Isaias.

(N. 6.)

Ofrécese en este punto una comparacion importante. En efecto; encontramos en los dos mas importantes Profetas, Isaias y David, que parecen haber escrito de antemano la vida de Jesucristo, y la historia de la Iglesia, las dos expresiones de que se sirve el Apocalypsi para anunciar la proclamacion de la Infalibilidad Pontificia. Isaias nos dice: *Peperit filium masculum*; y David en el célebre Salmo: *Quare fremuerunt gentes, que mas que ningún otro parece adaptado á los presentes momentos, nos dice: El Señor se burlará de sus planes, y mientras que ellos le sumirá á todos en la confusion, yo será constituido Rey sobre Sion en su santo monte, para predicar su Ley; le pedirá todas las naciones en herencia, y me las dará diciendome: Si, todas te pertenecen; dirigelas con ceño de hierro, y desmenuza todos los errores, como se rompe un vaso de barro: *Reges eos in virga ferrea.* — Despues de estos dos grandes Profetas, el Apocalypsi nos dirá: *Et peperit filium masculum, qui re-**

turus erat omnes gentes in virga ferrea.

¿Quién no admira aquí la infinita grandeza de Dios, que hace hablar á los Profetas, á quien están presentes todos los tiempos, y que continuamente se ocupa de su Iglesia, de Jesucristo, que es su cabeza invisible, y del Papa, que es su Cabeza visible?

Insistamos en esta verdad, hablando del Profeta Isaias.

Isaias, como San Juan, nos describe en el capitulo 66 la época presente; tambien él parece comenzar la descripcion entendiendole á Maria; cuando dice: El cielo es mi morada; pero hay otro lugar donde quiero habitar; y es el corazón humilde y sin mancha: *¿Quis est locus quietis meae, ad quem respiciam, nisi ad pauperulum?*

Palabras que Marí repitió en su cántico: *Respexit humilitatem ancilla sua: Fecit michi magna qui potens est.* El Profeta prosigue anunciando la proclamacion de la Infalibilidad, y consigna tres sorprendentes detalles; predice ante todo la lucha de las oposiciones; pero, dice, a pesar de esta lucha, la proclamacion, que temen, se verificará, y quedarán confundidos: *Quae timebant, adducam eis; ipsi autem confundentur.* La voz de la Ciudad Eterna, la voz del Concilio y la voz de Dios se unen para humillarlos: *Vox populi de civitate, vox de templo, vox Domini reddentis retributionem inimicis suis.* Pues el Concilio, luego despues de abierto, y sin que se hubiese previsto, que iba á someterse esta cuestion, *antequam veniret partus ejus*, el Concilio proclama la Infalibilidad, *peperit masculum*; y el Profeta añade: *¿Hubo nunca una proclamacion tan extraordinaria? ¿vióse nunca cosa semejante? ¿Quis audivit unquam tale, et quis vidit huius simile?* Vosotros, los que llorais por las tribulaciones de la Iglesia, alegraos: *Laelamini cum Jerusalem, et exultate in ea omnes, qui diligitis eam; gaudete cum ea gaudio universi, ut mulgentis, et delicias affusitas omni gloria ejus.* Cornelio a Lápide en el capitulo LIX da explícitamente esta interpretación: *Spiritus veritatis Romano Pontifici constituitur ad defendendas res in fide controversas.*

Isaias habla despues del triunfo y de la

paz, que subseguirán á la lucha: *Declinabo super eam quasi fluctum pacis*. Habla luego del tiempo del Anticristo, de la conversion de los judios, del fin del mundo, y del castigo de los malos.

Importante y largo estudio podria hacerse sobre las sorprendentes analogias, que se descubren entre el Apocalypsi y las Profecias de Isaias. Son los dos Profetas por esencia de Jesucristo y de su Iglesia; y los siete últimos capitulos de Isaias, de los que el 66 viene á ser el resumen, son, como los últimos capitulos del Apocalypsi, una fiel descripcion de la séptima y última época del mundo.

Texto latino de la carta de Pio IX dirigida al rector de la Unita Catholica.

(N.º 7.)

Pius PP. IX.

«Dilecte Fili, salutem et apostolicam benedictionem.

..... Quibus quidem officis cum indubia spes laeti exitus maximam conferre valeat efficaciam, suffragabitur profecto tibi memoria sacrularis, octava jam vice recurrens, electionis fortissimi sanctissimique Pontificis Gregorii VII, qui licet in luctu durissima et diuturna, quam sustinere debuit cum potentissimo Germaniæ Principe, sæpe opprimi visus sit, imo et animam efflaverit in exilio, eo quod odisset iniquitatem, et iustitiam dilexisset; usurpata tamen sacra jura vindicavit Ecclesiæ et collapsam disciplinam restituit.

«Futurum enim confidimus, divinam clementiam instantius semper exoratum perfecturam tandem qua per jugem prodigiorum seriem, qua in tanta procella sustentat Ecclesiam suam, parare videtur. Interim favoris ejus aspiciem et paternæ Nostræ benevolentiam pignus apostolicam benedictionem tibi, Dilecte Fili, et his omnibus, qui nova parte Nobis exhibuerunt caritatis suæ devotionisque testimonia, peramaster imperitimus.»

Datum Romæ, etc., etc.

Pius PP. IX.

Palabras inspiradas de Pio IX.

(N.º 8.)

No es la primera vez que Pio IX ha pronunciado palabras, que llevan visiblemente el sello de la inspiracion.

«Verum cum certo sciamus, portas inferi prævalituras non esse adversus Ecclesiam,

tot tantæque difficultates considerantis fiduciam non dejicere, sed erigere debebunt. Nam ineluctabili divino oraculo posito, atrocitas ipsa tam vasti ac incipientis belli, Deo permittente, conflati adversus Ecclesiam, credenti facile suadet, eam ipsi parari victoriam, quæ præcedentes omnes amplitudine excedat et claritate. Quod autem in angustiis et minoris periculi luctis Deus validissimam ei suppeditaverit opem, vel per arma Principum, vel per miram Sanctorum virorum operositatem et auctoritatem, in hoc verò graviore omnia eidem auxilia subduxerit, rursum ostendit eum sibi soli reservasse de hostibus suis victoriam. Quod apertius etiam fiet, si perpendatur præsentium malorum radicem in eo potissimum esse sitam, quod homines toto ingenio viribusque ad lærenam convessi Deum non modo deseruerint, sed ea se plane rejecerint; ita ut non alia ratione ad eumdem revocandi videantur, quam per opus nulli facile tribuendum *causæ secundæ*, sed ejusmodi, quod suapte natura oculos omnium erigere debeat ad superna, universosque exclamare cogat: *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris.*

«Verum fausto huic eventui citius adducendo sola proficere potest oratio, solum Coelitum suffragium, et in primis Immaculatæ illius Virginis, que id prece potest, quod Deus imperio...»

«En 1867, habiendo caído enfermo de gravedad, fué á visitarle el cardenal de Angelis, que le espuso el dolor y los temores de sus hijos. Pio IX, incorporándose, y extendiendo su mano con una magestad incomparable, le dijo: «Cardenal, decid á mi pueblo, que esté tranquilo; nó, no moriré todavía; antes de morir veré el triunfo de la Iglesia, y me serán devueltas las provincias arrebatadas.» Estas palabras son auténticas; las sabemos por persona, que las ha oído de boca del venerable cardenal.

«En 1867, Pio IX se dirigió al convento en que residia el P. General de los Capuchinos en Roma, para proclamar el decreto de canonizacion del Beato Benito de Urbino, y en la paternal allocucion, que dirigió á los religiosos, les dijo: «Hijos míos, vosotros sois perseguidos, como yo; pero consolémonos, subiremos juntos al Capitolio para cantar el *Te-Deum*.» (Véanse *Annales Franc.*)

Habiendo encargado los cardenales de Roma al P. General de los franciscanos, que enviase un religioso de los más recomendables por su ciencia y santidad, á ver á la celebre estigmatizada Palma d'Oría, en el reino de Nápoles, para saber á que convenia atender sobre el particular, el P. General delegó al P. Provincial de Nápoles, quien, despues de haber asistido al prodigio de la Comunion milagrosa, preguntó á la estigmatizada con respecto al porvenir de Pio IX. «El Papa, respondió, sabe perfectamente todo lo que ha de suceder;

es preciso que sufra, pues Dios le destina á estar en los altares; pero la persecucion será terrible, y contra los perseguidos y los eclesiásticos.»

Al presente en Alsacia, testigos oculares y muy recomendables, entre otros un Superior de la Asociacion de Maria, cuya carta tenemos á la vista, dan fe, de que en las frecuentes apariciones de la Santísima Virgen en Neuvo-Bois, vieron todos á Pio IX, ya postrado á los piés de la Santísima Virgen, ya echado en el suelo y bañado en su sangre; lo cual pareciera dar pie á creer, que Pio IX será herido, pero que sobrevirá para el triunfo. Tambien vieron que la Santísima Virgen tenia una espada en sus manos, y derribaba legiones enteras de prusianos, y le oyeron proferir estas palabras: «Yo soy la madre de misericordia; lo mas largo ha pasado ya; pero llega todavía lo peor: Orad, orad.»

«Cuando oigo al Papa, decia un personaje importante educado en el protestantismo, noto involuntariamente, que esa palabra, que sale de boca de un hombre, no es únicamente la palabra de un hombre; hay en ella algo de sobrenatural, que domina, y que no se nota en otros labios humanos; qué aquí lo que, á pesar mio, me impresiona, y llega á lo íntimo de mi alma.»

«En dónde, añade el *Mensajero del Sagrado Corazon*, en dónde encuentra nuestro estimado Padre el secreto de esos acentos sublimes, de esa energia que no se altera por nada, y de esa indomable confianza? ¡Ah! sin duda su frente, más elevada que todas las frentes en este mundo, le permite ver más allá que nosotros, y por encima de nuestros horizontes, que amenazan borrasca, su vista descubre horizontes resplandecientes y bonancibles. Acaso este hombre tan allegado á Dios está iniciado en los secretos, que la Providencia reserva á los Santos. Esperemos pues, pero roguemos, para que llegue en breve la hora del triunfo.»

Las dos ciudades.

(N.º 9.)

En el Apocalypsi han encontrado los dos mas grandes talentos, que tal vez se han conocido en la tierra, San Agustín y Bossuet, la idea de las dos mejores obras, que honran al ingenio humano: *La Ciudad de Dios*, y la *Historia universal*. Hé aquí el resumen de la *Ciudad de Dios*, de la que la *Historia universal* viene a ser un eco sublime:

Dos amores han edificado dos grandes ciudades. La una, es completamente terrestre, y niega el mundo sobrenatural; la otra, es completamente celestial, y vive en el mundo sobrenatural, desprecia toda gloria humana, y se contenta solo con Dios para testigo de su conciencia. *Fecerunt itaque civitates duas amores duo: terrenam scilicet amor sui, usque ad contemptum Dei, celestem vero amor Dei, usque ad contemptum sui.*

Hé aquí, las dos ciudades bajo el punto de vista moral. Veámoslas ahora bajo el punto de vista político. En la ciudad del mal, no hay mas que opresores ó rebeldes; en la ciudad del bien, todo vive por el amor: la autoridad manda en ella por el amor y los súbditos obedecen por el amor. *Illic dominandi libido dominatur, in hac servitium invicem in charitate, et propositi consulendo et subditi obtemperando.* Allí, reinan el orgullo y la voluptuosidad, y se sacrifica todo al egoísmo; aquí, reinan el amor y la abnegación, y uno se olvida de sí propio hasta sacrificarse por el bien de todos.

Hé aquí, el porvenir de las dos ciudades: La una, tendrá por herencia el cielo; la otra, tendrá por patrimonio el infierno: *Prima predestinata est in eternum regnare cum Deo, altera eternum supplicium subire cum diabolo.* (Lib. V, cap. I, de civitate Dei.)

Hay, pues, en el mundo á manera de dos imperios, dice Bossuet, mezclados corporalmente y separados espiritualmente. El uno, es el imperio de Babilonia, que significa *confusion y desorden*; el otro, es el de Jerusalem, la ciudad de la paz. El uno, es el mundo: el otro, es la Iglesia, pero la Iglesia considerada en su parte más eleva-

da, es decir, los escogidos. En aquel, reina Satanás; en el otro, reina Jesucristo; el uno, es el reino de la impiedad y del orgullo; el otro, es la residencia de la verdad y de la religion; en el uno, hay la alegría, que ha de cambiarse en un gemido eterno; en el otro, hay el sufrimiento, que ha de producir un consuelo eterno; en aquel, hay una idolatría espiritual; se adoran las pasiones; se divinizan los placeres y se convierten en idolo las riquezas; en este, son destruidos todos los ídolos, y no solamente los que recibían el incienso del ciego gentilismo, sino tambien los ídolos á los que los hombres sensuales erigen un templo y un altar en su corazón, y de los que ellos mismos se hacen la víctima.

Allá, se ve en aparición un triunfo continuo, y acá, una persecucion continua; pues esos ídolos, que hacen dominar los sentidos sobre la razon, no dejan en reposo á los adoradores en espíritu; se esfuerzan en atraerlos á sus prácticas; establecen máximas de las que quieren hacer leyes universales; en una palabra, el mundo es un tirano; y el falaz nombre de *libertad* le sirve perfectamente para corromper, y oprimir á sus víctimas.

Carta de Enrique V. al Sr. Obispo de Orleans.

(N.º 10.)

Viena 8 de Febrero 1873.

Sr. Obispo: Lo propio que vos, yo no puedo tener en este mundo otro interés, que la salvacion de la Francia, ni otro deseo, que el de ver mejores dias para la Iglesia. El conde de Blacas, á quien he encargado dar respuesta verbal á las cartas, que me habeis dirigido, no se olvidará sin duda de hacer resaltar, bajo este concepto, la conformidad de mis sentimientos con los vuestros.

No pretendo en esta, hacer más que expresarlos, en breves palabras, el sentimiento de no poder seguir los consejos, que nuestro patriotismo os inspira.

Parece que vos atribuis á escrúpulos quiméricos, de que Dios me pedirá cuenta, el mal éxito de los esfuerzos tantas veces re-

producidos para producir una conciliacion entre las dos ramas de mi familia.

Por más que trato de sondear el fondo de mi conciencia, no encuentro un dia, ni una hora de mi vida, en que mis pretendidas exigencias hayan puesto un obstaculo formal á una reconciliacion sincera.

Sin prevencion ni odio á las personas, estaba obligado, por mi parte, á conservar en su integridad el principio hereditario, que tengo confiado: principio fuera del que, y lo repetiré mil veces, no soy nada, y con el que lo puedo todo. Esto es lo que no se quiere comprender.

Por vuestras alusiones, Sr. Obispo, me es permitido suponer, que en primer término de los sacrificios, que vos considerais como indispensables, para corresponder á los deseos del país, colocais el de la bandera.

Esto es un pretexto inventado por los que, si bien reconocen la necesidad de la monarquía tradicional, quieren conservar siquiera, el simbolo de la Revolucion.

Creedo bien; á pesar de sus debilidades, la Francia no ha perdido hasta tal punto el sentimiento del honor; no concibe al Jefe de la familia real de Francia, renegando del estandarte de Argel; así como no hubiera comprendido, que el obispo de Orleans se resignase á tomar asiento en la Academia francesa, en compañía de escépticos y ateos.

No he sabido con ménos satisfaccion, que los verdaderos amigos del país, que los príncipes, mis primos, han concurrido á la Capilla expiatoria, el día 21 de enero; pues yendo á rogar públicamente en ese monumento, dedicado á la memoria del Rey mártir, han debido recibir, en toda su plenitud, la influencia de un lugar tan propicio á las grandes enseñanzas, y á las generosas inspiraciones.

No tengo, pues, ni sacrificios, que hacer, ni condiciones, que recibir. Espero poco de la habilidad de los hombres; y espero mucho de la justicia de Dios. Cuando la tribulacion es muy terrible, una mirada dirigida

al Vaticano reanima el valor, y fortalece la esperanza. En la escuela del angusto Cautivo se adquiere el espíritu de firmeza, de resignacion, y de paz; de esa paz, que tiene asegurada el que toma á su conciencia por guía, y á Pio IX por modelo.

Contad, Sr. Obispo, con mi afecto.

ENRIQUE.

¿Qué será, despues de este terrible golpe, el liberalismo religioso, y político, ese mortal veneno de las almas, como lo denomina nuestro ilustre Pio IX? Condenado por Dios, en el Concilio; condenado ahora, por el gran Rey; ¿no es hora, de que ceda el lugar á la verdad pura, y á los únicos principios, que pueden salvar á la Francia?

Mulier filium peperit. Facto in celo praelio, lapsus draco cepit mulieris semen persequi.

(N.º 11.)

Véase el capítulo XII del Apocalypsi, en el Tratado siguiente: *Conjeturas sobre las Edades de la Iglesia*, etc.

Como la interpretacion infalible de la sagrada Escritura, corresponde únicamente á la Catedra de Pedro y á la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, rechazamos y condenamos de antemano, todo lo que en nuestra interpretacion del Apocalypsi haya podido apartarse, aún en lo mas mínimo, de su divina enseñanza; dándonos por dichosos con pagar aquí á ese estimado Padre, y á esa divina Madre, un testimonio convincente de nuestra completa sumision, y de nuestro amor filial.